

La batalla de Zacatecas vista desde Valparaíso

José de Jesús Montoya Briones
Ma. Cristina Morales Viramontes

Sobre el historiador local Manuel M. Gurrola

Manuel M. Gurrola nació en Valparaíso, Zacatecas en 1890, y murió en 1988 faltándole sólo dos años para redondear el siglo de existencia. Desde pequeño se interesó en diferentes aspectos tanto culturales como sociales y políticos de su pueblo, en el que, además de diversas actividades, fue maestro; su inquietud lo llevó a realizar una obra a la que llamó *Historia de Valparaíso y/o Apuntes histórico-biográficos sobre la historia de Valparaíso, Zacatecas*, consistente en ocho tomos de más o menos doscientas cuartillas cada uno. En ella plasmó en forma autobiográfica todos los aspectos que consideró de interés sobre su tierra.

Sus apuntes los inicia con datos históricos de las haciendas del municipio, a los que intercala informaciones sobre restos arqueológicos de la región y características de la flora y la fauna, entre otros. Cuenta que su padre recibía los periódicos enemigos del régimen porfirista y le recomendaba leerlos desde que él estaba en la escuela, con lo que adquirió conciencia política y, ya en la juventud, decidió fundar el que denominó

“Club González Ortega”; cuya finalidad primordial consistía en organizar y politizar a la juventud en su pueblo. El grupo se reunía clandestinamente, tanto para discutir asuntos políticos



FOTOGRAFÍAS: JOSÉ DE JESÚS MONTOYA BRIONES

como para hacer lecturas y comentarios sobre temas de filosofía, además de realizar eventos culturales. El principio básico del grupo era el antireeleccionismo y mantenía correspondencia con los hermanos Flores Magón, con el licenciado Antonio Soto y Gama, presidente del Partido Nacional Antireeleccionista, Juan Sánchez Azcona, Juan Sarabia, general I. Villareal y los demás miembros de dicho partido.

Una de sus tareas como grupo era la de repartir por los ranchos de la región periódicos como *Emancipación*, *El Hijo del Ahuizote*, *Alba Roja*, *Juan Panadero*, y otros.

Cuenta que además de su inquietud y valentía no le fue posible, por diversos problemas personales —enfermedad de sus padres y dependencia directa de los mismos—, enrolarse en el movimiento armado revolucionario, aunque en Valparaíso formó parte de la defensa civil. De este modo proporciona en su historia datos interesantes sobre la situación de su pueblo en ese periodo, como que Valparaíso fue lugar preferido por los generales Santos Bañuelos y Pánfilo Natera, quienes permanecían allí la mayor parte del tiempo mientras no estaban en campaña, e incluso era donde se reunían para tomar decisiones de tipo organizativo, reuniones en las que Gurrola llegó a participar. Menciona un personaje importante para su pueblo en la primera etapa del movimiento revolucionario, doña Carlota García, esposa o amante del coronel Santos Domínguez, a la que bautizaron con el mote de *La Coronela* y que se convirtió en la máxima autoridad del pueblo en esa época conflictiva, en la que a menudo era imposible mantener el orden. La Coronela castigaba los delitos y abusos propinando personalmente cintarazos y bofetadas, o bien, apresando a quienes se hacían merecedores de tales castigos.

Dicho personaje aparece mencionado en el breve texto que presentamos a continuación sobre la crucial, en el derrocamiento de Victoriano Huerta, batalla de Zacatecas. Es necesario advertir que respetamos el texto original, omitiendo —en los

casos de puntos suspensivos— menciones irrelevantes para el contenido del tema tratado. El texto describe con gran fuerza y con una visión que podríamos llamar popular, aspectos que quedan fuera de los reportes oficiales y menciones históricas normales —valga la expresión— sobre la batalla de Zacatecas. El colorido del texto hace que aparezcan hechos que se conocen bien —saqueos y desórdenes presentes en todo conflicto bélico— pero que a menudo, y por pudor, no se reconocen por los respectivos bandos en pugna.

La toma de Zacatecas

...Como a las cinco de la tarde del día 25 de junio de 1914 llegaron dos soldados [a Valparaíso] con los caballos sudados, y ellos cansados, y llegando entregaron una carta a la Coronela... la capital de Zacatecas había sido tomada, y los correos salieron cuando comenzó el abandono de las trincheras...

...Los villistas entraron por la mina de la Eureka que está a la salida para Veta Grande. Dizque por ese lado había muchos millares de soldados villistas con cañones, ametralladoras obuces y los federales o huertistas, disparaban cual un volcán de cada cerro... cuando tenían en la Bufa el potente reflector, los defensores disparaban a granel, porque miraban perfectamente al enemigo...

...El primer día fue terrible, pues tanto atacantes como defensores querían demostrar su fuerza. Decían los correos que sólo se escuchaba el ruido como un millón de tambores tocando diana y, a distancia sólo se veía el resplandor de como si estuviera saliendo el sol, que el espacio estaba cruzando por millones de bolas de fuego... Decían que muertos había por millares por dondequiera y que estaban tirados desde el principio del ataque y estaban hediondos, que nomás los arrastraban a los arroyitos y les echaban una poca de tierra, que armas de todas clases había regadas como basura, porque nomás brillaban por los suelos. La sangre manchaba al suelo por doquier. Que los paisanos aprovechaban el combate y por las noches se lanzaban a despojar de armas y ropas a los muertos que podían, haciendo cargas de cuánto robaban, que



atajos de animales de carga con fardos de cuánto podían robar...

Por las noches, por doquiera se escuchaban los llantos los lamentos y quejidos de los heridos y no había suficientes cuerpos de auxilio para levantarlos, o cuando menos llevarles agua, todo era muerte y destrucción. Cuando iban entrando los villistas iban arrasando cuanto podían, los abusivos cometían mil atentados con las familias indefensas.

Que sobre los edificios más altos del centro estaban millares de defensores

con sus armas vomitando la muerte. Que por las calles había cientos y cientos de muertos y heridos, que nadie los levantaba o socorría en la menor forma, porque los huertistas disparaban sobre cuanta persona asomaba la cabeza o se aventuraba a socorrer a algún herido.

Los templos y casas céntricas dizque estaban repletas de gente que iba a refugiarse, y no tenían que comer, porque los defensores engreídos en su poderío no tomaron precaución de animar a los habitantes a prevenirse





con alimentos para varios días, ni almacenaron víveres abundantes, sólo se concretaron a abastecerse de armas y parque.

El cerco se iba estrechando y lo primero que faltó fue el agua que desde un principio había sido cortada antes de llegar a los arcos de acueducto. Medina Barrón, el defensor de Zacatecas, nunca se fijó en este punto de suma importancia. Para llevar esa agua en medio de la tormenta de balas, porque los atacantes eran pura gente de campo que nunca había oído decir que se debe respetar a quienes levantan los heridos en las guerras, aun en medio del combate, y ellos disparaban, no importaba quién fuera, por lo que los defensores no soportaban la sed, el hambre y el sueño. Pronto llegó el agotamiento. Algunos jefes hicieron la advertencia a Medina Barrón y dizque contestó "los Villistas y Nateristas, y Carrancistas y cuantos sistas vengan a atacarnos se estrellarán ante nuestros soldados que están entrenados en las montañas de Chihuahua y Sonora contra los Yanquis" y no preparó acervo de agua, y él fue quien se estrelló ante el empuje de los ejércitos de fuera... Esta interesante

noticia [la toma de Zacatecas] hizo explosión en todos los corazones, unos por saber de sus familiares que andaban en el frente, otros, porque sentían alivio moral de saber que había terminado la matanza, y los idealistas entre los que me cuento yo, porque habían triunfado las armas del pueblo hambriado y humillado por siglos.

Desde el día 26 recuerdo que comenzaron a llegar [a Valparaíso] gruesas partidas de Villistas y Carrancistas, que eran los mismos, con sus caballos cargados con botín tomado de Zacatecas. Fardos de ropa, tercios de piezas de manta y percales, telas finas de mil clases, herramientas nuevas tomadas de las ferreterías de El Globo y La Palma y otras, cobijas, tercios de azúcar, piloncillos, sacos de pasta de harina, etc. Los bolsillos rellenos de pesos fuertes, monedas de oro tomadas de los bancos o casas de los poderosos, sombreros de fieltro, vestidos catrines y mil mercancías; cargaban los animales y los soldados caminaban a pie. A partir de estos días abundaban los gallos callejeros* con la banda de los Trujillos; conjuntos de músicos rancheros recorrían las calles, y los

refolufios disparando sus armas, cantando y gritando a su antojo. Por las calles se veían cientos de soldados que habían asistido a la toma de Zacatecas y no traían ni cobija. Otros habían vendido cuanto robaron y lo regalaron o lo vendían para comprar tequila y pagar la música.

El escándalo callejero era insopportable, cientos de revolucionarios a caballo borrachos, disparando sus armas al viento gritando. Todo era a su gusto y festejaban a su manera.

Los jefes, hasta ellos mismos sacaban gallos con la banda y los demás. Todo mundo gozaba con aquel festejo popular, y hasta familias sacaban sus sillas y se acomodaban en la calle para presenciar el jolgorio.

j. Santos Bañuelos y Natera con sus conocidos y ayudantes cercanos, encabezaban los gallos y la multitud los seguía vitoreándolos.

*El sentido local de "gallo", en este caso, consiste en pasearse con la música recorriendo en plan de parranda las calles principales del pueblo.

A medida que pasaban los días el alboroto era menor. Los campesinos salieron al campo a sembrar. Entregaron sus armas a sus jefes y se fueron a sembrar...

A los pocos días de la batalla Manuel Gurrola nos cuenta en su *Historia...* que se dirigió hacia Zacatecas, observando y describiendo la manera en la que encontró y vio a la ciudad capital.

...después de haber visto tantos muertos enterrados en los arroyitos de las orillas, cubiertos con una poca tierra, quedándoles una mano o los pies de fuera.

Millares de gentes andaban por los flancos de los cerros donde habían guerrado juntando cartuchos, casquillos, armas o dinero de los muertos... llegamos a los ocho días de la guerra.

Frente al Teatro Calderón había huellas de que habían incinerado muchos muertos, aún humeaban algunos huesos, y la mancha de grasa era grande, como diez metros de diámetro; en la calle Tacuba había otras huellas, y dijeron que en otras varias calles había

otras huellas, igualmente a la salida para Guadalupe por donde hicieron la salida los pelones.

Él Palacio Azteca. Este palacio había servido de centro de operaciones del general Medina Barrón, y allí estaba inmensa cantidad de municiones de todos los calibres y dinamita, pues al verse perdido Medina Barrón ordenó que colocaran alambres eléctricos con fuertes cantidades de dinamita y cartuchos al abandonar el lugar, desde lejos fulminaron aquella joya arquitectónica, cuya explosión terrible aventó puertas, ventanas y escombros...

